Sabotaje

Cruzo lentamente la plaza. Las grávidas copas de los castaños se ensombrecen.

Me paro delante del monumento a la guerra, un obelisco de piedra areniza, de color gris, cercado por una verja de barrotes bronceados en forma de lanzas, y, bajo la sombra grasa de la piedra venerable, vuelvo a sacar el paquete del bolsillo y contemplo amorosamente las galletas.

Todavía huelen.

Doy dos vueltas alrededor del monumento y dos veces me las llevo a la boca, pero sin decidirme a hincarlas el diente.

Apoyado contra la verja, con la mirada fija en la palabra **Gravelotte,** grabada en la piedra en letras de oro, y el pensamiento puesto en las galletas, contento de haber encontrado, al fin, una solución al dilema a todo correr. Pero no como otras veces, con ese avance sereno y calculador, exacto en los movimientos que hace de él uno de los delanteros más temibles de nuestro equipo de fúlbol; su carrera es veloz, precipitada; el busto avanza con más rapidez que las piernas.

Corro a su encuentro, aguardo a que pase y le grito, alargándole las galletas fatales, veo a Augusto Kremmelbein que viene calle abajo torturante:

—¡Augusto, Augusto, toma estas galletas, para tí!

Pero él no las mira siquiera; pasa sin detenerse por delante de mí; su respiración me roza la cara; me tropieza con el codo en el pecho.

—¡Augusto!—sigo gritándole. Y corro tras él. Con grandes esfuerzos logro darle alcance. Como necesito todo el aire para correr, le hago señas desesperadas, enseñándole las galletas. Intento detenerle, y por poco me derriba.

Y sigo corriendo detrás de él, sin saber el porqué de tanta prisa.

Al cruzar la tercera bocacalle logro sacarle un par de metros de ventaja; me vuelvo, y mis pies danzan locamente retrocediendo cara a él. Con el último resto de ternura de que dispongo, endulzo la voz:

—Augusto, toma, te regalo estas galletas...

Pero Augusto menea la cabeza, haciéndome seña de que no.

Al fin, le veo la cara, roja, con los ojos hinchados de llorar, y pegados en las mejillas, restos de lágrimas amasadas con polvo y con sudor. La boca, entreabierta. Los labios, azules.

—¿Qué te pasa, Augusto?—le grito, tremolando, ya sin esperanza, el regalo.

—¡Mi padre!—chilla. Me da un empellón y dobla corriendo la esquina de la calle donde vive, sin que haya fuerza humana que le sujete.

Otra vez a solas e indeciso con las galletas dichosas.

Las recias pisadas de las botas ferreteadas de Augusto resuenan entre las casas silenciosas.

—Alguna desgracia ha ocurrido—digo para mí en voz alta, y me espanto al oírme. Me imagino al padre de Augusto, que trabaja de fogonero en la fábrica de azúcar, cayendo en una caldera y tendido en un cobertizo con la rigidez de la muerte y escaldado, o quién sabe si metido ya solemnemente en el ataúd y rodeado de velas, en el mejor cuarto de la casa.